

foco, y cuanto que la continencia no está en ella lastrada por todos los contrapesos de actividad que vienen á atenuar su mérito en el hombre. Tenia, pues, razon San Juan Crisóstomo para exclamar: «¿Quién podrá contener su admiracion y su asombro, hallando así en una naturaleza de mujer una vida angelical? ¿Qué hombre se atreveria á acercarse, quién tendria el atrevimiento de tocar á esta alma resplandeciente? Todos se retirarán, porque están asombrados, como á la vista de un oro brillante y encendido. El oro por su naturaleza brilla; pero tiene mucha mas brillantez y esplendor en medio de las llamas...»

Este espectáculo, al cual estamos acostumbrados, como á todas las demás maravillas del Cristianismo, era entonces tanto mas asombroso, cuanto que contrastaba con la molicie, la frivolidad y la corrupcion de la mujer pagana. Se tenia entonces á la vista dos mujeres, y en ellas dos sociedades, dos mundos, el uno animal y el otro angelical; el uno caido, el otro rehabilitado; el uno salido de Eva, el otro saliendo de María. Porque María es la primera que ha levantado el estandarte de la virginidad celestial en el mundo: de esta virginidad ha querido ser fruto el Hijo de Dios, *el trigo que hace germinar las vírgenes* (1). «Por esto no tuvo ella leche, dice Clemente de Alejandria, ó mas bien, tuvo por leche á este bello hijo de su corazon, el cuerpo de Jesucristo, que, por el Verbo que le está unido, cria la nueva generacion...» (2). Este es uno de los elementos *creadores* de la rehabilitacion de la humanidad, y mas en particular de la mujer. Esto es lo que San Gerónimo, aquel gran defensor de la perpétua virginidad de María, escribia á la virgen Eustoquia con estas notables palabras: «Solamente algunos hombres, y estos en pequeño número, habian gustado (en la ley antigua) las dulzuras de la virginidad; por lo que hace á Eva, ella cumplia su destino; en todas partes paria con dolores. Mas despues que una Virgen concibió en su seno virginal, y dió á luz un Hijo, que ha llevado sobre sus hombros su dignidad de Prin-

(1) Zacarías, IX, 17.

(2) *Pedagogus*, lib. I, cap. VI.

cipe, un Dios fuerte, un Dios poderoso, el Padre de los siglos venideros, se ha anonadado su maldicion. La muerte habia venido por Eva, la muerte nos ha venido por María: y he aquí por qué en la ley nueva, el don de la virginidad se ha repartido con mas abundancia sobre las mujeres. Tan pronto como el Hijo de Dios bajó á la tierra, quiso formarse allí una nueva familia; era adorado en el cielo por los Angeles, quiso ser adorado igualmente por Angeles en la tierra. Entonces se vió á la verdadera Judit cortar la cabeza á Holofernes...»

Las cartas de San Gerónimo, de San Basilio, de San Cipriano, algunos tratados de Tertuliano y otros diversos escritos debidos á la pluma de los Padres de los primeros siglos, dirigidos á mujeres, ó tratando de sus deberes, dan mucha luz sobre la *novedad* de la condicion de la mujer cristiana en el mundo, y sobre la importancia que la profesion de la virginidad le daba; profesion que todavía no estaba enclaustrada, y que bajo el velo recibido de mano de los Padres, ó mas solemnemente, de la de un Pontífice, edificaba al mundo, haciéndose en él un retiro voluntario en medio de su corrupcion, y brillando en sus llamas. Los nombres mas grandes de la antigua Roma, degenerados, en lo que hace á los hombres, del heroismo que los habia hecho ilustres, refloreaban en las mujeres por un heroismo mas eminente. Marcela, Asella, Albina, Marcelina, Fabiola, Leta, Paula y tantas otras, se hacian gloriosas con marchar sobre las huellas de María y con ser las esposas del Crucificado.

Digo las *esposas*, porque la virginidad cristiana no es fria y estéril, es abrasada y fecunda como el amor. Es el amor, es el himeneo espiritual del alma con Dios. Es el *Bien-Amado*, es Jesus preferido á todos los otros esposos; y la leyenda de Santa Catalina, recibiendo del Niño-Dios el anillo esponsalicio, por mediacion de la Virgen, no es mas que el símbolo de este místico matrimonio, cuyos frutos son las gracias y las virtudes, y que se llama la virginidad.

Esto no deprime al matrimonio humano, mas bien lo ensalza, viniendo á unirse con la virginidad por medio de la castidad, que es su hermana, y que por las pruebas, en las cuales puede ella tomar mayores dimensiones, sube algunas veces á

la altura de su hermana mayor. Este parentesco moral se vé muchas veces entre la Virgen y la madre cristiana; hay madre en la Virgen, como hay Virgen en la madre. ¿Y por qué? porque las dos son hijas de la Virgen-Madre.

Toda mujer cristiana, virgen, esposa, madre, ha recibido de su regeneracion en Jesucristo como una nueva flor de pudicia y de castidad, cuya mejor y mas esquisita produccion es Maria, y que de ella se esparce por todo su sexo. Con esto ha llegado á ser la mujer objeto de respeto y casi de culto de parte del hombre, á quien ella domina con la superioridad del Angel. Tambien ha llegado á ser al mismo tiempo un objeto de atractivo mas vivo, porque es mas puro, y porque se reviste con el encanto de la gracia mas victoriosa, que la Sagrada Escritura llama *la gracia de las gracias*, la de la santidad y del pudor. *Gratia super gratiam mulier sancta et pudorata* (1).

Atraido y contenido por esta nueva Eva el hombre, de tirano de la mujer, vino á ser su servidor galante y caballero; y en este embeleso de que habia hecho la corrupcion para él un *bello mal*, del cual se vengaba con el desprecio, encuentra un móvil de virtud que ensalza con su homenaje.

Así se ha obrado la rehabilitacion de la mujer por la virginidad, y por todas las virtudes, por todas las gracias del pudor cristiano y de la castidad, que son como su comitiva.

II. La segunda virtud que puso en evidencia, y que *dió en espectáculo á los Angeles y á los hombres*, (2) la mujer cristiana como una creacion nueva en el mundo, fué el martirio. ¡El martirio! esta grande prueba de la divinidad de una religion que se ha hecho seguir al través de los suplicios y al través de la muerte por un mundo arrancado á todos los placeres y á todas delicias de la vida; que ha hecho nacer la verdad de su doctrina con la sangre de sus hijos, y que ha hecho brillar las virtudes sobrenaturales del alma regenerada con las heridas y los quebrantamientos del cuerpo; el martirio hizo ver á la mujer, tan débil por su naturaleza, tan empequeñecida por

(1) Ecli., XXVI, 19.

(2) Corinth., IV, 9.

las costumbres, tan incapaz de sacrificio, tan impropia para los ardores de la virtud y de la verdad, y al mismo tiempo tan apasionadamente presa de todas las frivolidades y de todos los vicios de la vida, desnudarse de todas estas frivolidades y de estos vicios, sobreponerse á los afectos mas tiernos y mas legítimos, libertarse de todas las tiranías de la opinion; y no conservando mas que el pudor, dar su vida en los suplicios en testimonio de la verdad.

El sacrificio voluntario de la vida por la verdad, ha inmortalizado á *un solo hombre* en la antigüedad, y aun la vida que él sacrificaba era ya avanzada y desnuda, y la muerte le fué dulce como un sueño y honrosa como un triunfo. Pero la muerte de nuestros millones de Sócrates estaba erizada de los mas espantosos suplicios, cargada de oprobios, multiplicada por todos los lazos de familia y de la naturaleza que ella rompía, y finalmente, voluntaria hasta el último suspiro contra todas las súplicas y seducciones: pues bien, de esta muerte, ya tan sublime para el Pontífice y el filósofo, se vió disputarse y arrebatarse la palma á la mujer, la madre, la esposa, la doncella, la pobre esclava y la vil cortesana. «¡Ah! Bendito sea Dios, esclama San Juan Crisóstomo, á vista de este nuevo prodigio. ¡Bendito sea Dios! La mujer es intrépida contra la muerte. La mujer, que ha introducido la muerte en el mundo, ha sido la que hoy ha hecho pedazos aquella antigua arma del demonio. Sér débil y espuesto por su naturaleza á todos los ultrajes, se ha convertido en una arma invencible en manos de Dios. La mujer es intrépida contra la muerte. ¿Quién no lo admirará con asombro? Que se avergüencen los Gentiles, que los Judios queden confundidos, ellos que no creen en la resurreccion de Jesucristo; porque, pregunto: ¿qué prueba mas grande de la resurreccion que una *revolucion tan asombrosa*? ¡La mujer es intrépida hasta la muerte, que los mismos Santos encontraban antes tan horrorosa y temible (1)!»

No olvidemos jamás, para tener bien en cuenta semejante prodigio, desnudarnos de nuestras costumbres cristianas, y

(1) S. J. Chrys., de SS. Bernice et Prodosce, Virg.

olvidar un espectáculo que á fuerza de profusion, ha venido á hacérsenos familiar (porque entonces el acrecentamiento del mismo prodigio seria el que lo encubriria á nuestra vista) (1), y reconozcamos en este acento de San Juan Crisóstomo la *novedad* de tal *revolucion*.

¡Y cuánto, los caractéres y circunstancias de estos sublimes sacrificios, que se reproducen en el seno de una sociedad tan degenerada, hacen resaltar aun la grandeza moral y sobrenatural de la virtud! Recordemos algunos de los mas célebres.

Desde el siglo primero aparecen Santa Tecla y Santa Flavia Domitila. La primera, discípula de San Pablo, versada en la filosofía y bellas letras, apasionadamente perseguida por un jóven pagano, que tuvo la infamia de castigar con una delación el que ella no accediera á sus deseos, y habiendo sido entregada desnuda á las fieras del anfiteatro, apareció deslumbradora de pudor, y vengada de la ferocidad de los hombres por la dulzura de los tigres y de los leones;—la segunda, parienta cercana del emperador Domiciano (2), desterrada por este á la isla de Pontia, y despues quemada en Terracina, bajo Trajano, por haberse negado á sacrificar á los dioses.

En el segundo siglo, Santa Sinforosa de Tibur y Santa Felicitas de Roma, damas ilustres, ambas madres de siete hijos, y sometidas al suplicio de la madre de los Macabeos, con esta diversidad que hace vacilar entre los dolores de la gracia y los de la naturaleza, que la primera precedió á sus hijos en el suplicio, dejándolos espuestos á una prueba en que podian dejarse vencer (colgada de los cabellos fué precipitada en las cascadas del Tíber, donde se habian bañado las prostitutas, y donde se habian refrescado los vinos de Horacio, dice

(1) A la hora misma en que escribimos, los *Boletines de la propagacion de la fé* nos traen las Actas de muchas mujeres mártires de la fé cristiana en Oriente.

(2) Ha habido dos Domitilas, una llamada la *Antigua*, sobrina propia del emperador, que solamente fué desterrada, y á quien se deben las Catacumbas de San Nereo y de San Aquileo; otra que murió en el suplicio del fuego.

Chateaubriand), y que la segunda siguió el suplicio de los suyos, y fué martirizada con cada uno de ellos.

Santa Blaudina, humilde jóven esclava, que, como para dar á conocer que *en Jesucristo no hay distincion de amos y esclavos*, y que, tambien como refieren las Actas de su martirio, las *criaturas humildes y despreciadas de los hombres, son las que Dios se complace en colmar de honores*, se elevó á la altura de las santas matronas y princesas romanas que acabamos de nombrar, sostuvo con su angelical intrepidez á los mismos héroes, compañeros de su martirio; y apurando, en un cuerpo aniquilado, todo género de suplicios, los azotes, las planchas candentes, las fieras, la jaula de hierro, las redes, *con tanta alegría como si hubiera ido al festin nupcial*, arrancó la admiracion de sus verdugos, y tuvo la gloria de morir al fin en el suplicio de la cruz, donde apareció, á los ojos de sus compañeros, transfigurada en Jesucristo.

La jóven virgen romana Teodora, habiendo resistido á la deshonra, fué condenada al suplicio. Un cristiano llamado Didimo, disfrazado en soldado, penetra en la cárcel y la hace salir de ella. El pretor manda prender á Didimo y conducirlo al suplicio. Teodora lo sabe, y se presenta inmediatamente al verdugo para disputarle el martirio.—Yo soy, decia Didimo, el que ha sido condenado. Y yo, decia Teodora, no quiero ser culpable de vuestra muerte. Si me hubiéseis privado del martirio, me hubiéseis engañado. Los dos fueron oidos y perecieron juntos (1).

Sabidos son los martirios de Santa Perpétua y Santa Felicitas, donde se vió á la señora y á la esclava hacerse hermanas

(1) Hemos tomado el cuadro de este martirio de una cristiana del temple de aquellas, á madama Swetchine, la cual lo tomó de Fleury. Hácele seguir de una admirable nota que empieza de esta manera: «¡Cuán lejos está de la belleza de este rasgo la del mas patético de la antigüedad pagana! La generosa abnegacion de Orestes y de Pilades, érales dictada por la amistad; arrastrábalas á ella el dolor de sobrevivirse. Aquí no es ya el móvil, el yo humano, ni su dualidad mas humana aun, es la ardiente y libre caridad, fruto de la regeneracion y de la gracia.»

por el bautismo de sangre, y por la participacion de una gloria que las tiene perpétuamente asociadas en la conmemoracion que hacemos de ellas en el sacrificio de nuestros altares. Otros muchos han referido esta historia; nosotros queremos, sin embargo, aromatizar con ella nuestras páginas; tanto mas, cuanto que no hay quizás otra en que la mujer aparezca mas mujer, y donde el sacrificio sea mas realzado por todas las delicadezas y gracias de la víctima.

Perpétua, mujer noble, tenia unos veinte y dos años; vivian su padre y su madre; tenia dos hermanos; era casada y criaba un hijo. Felicitas era esclava, y se hallaba en cinta. El padre de Perpétua, pagano celoso, obligaba á su hija á que sacrificase.

«Despues de haber pasado algunos dias sin ver á mi padre (la misma Perpétua es quien escribe la relacion del principio de su martirio), dí gracias al Señor por ello, y su ausencia me alivió. En aquellos pocos dias fué cuando nos bautizaron: al salir del agua, yo solo pedia paciencia para las penas corporales. Pocos dias despues nos llevaron á la cárcel; esto me asustó, porque jamás habia visto tales tinieblas. ¡Dia terrible! Hacia un calor espantoso á causa de la multitud que nos rodeaba. Los soldados nos impelian. En fin, yo me moria de inquietud por mi hijo (1). Entonces los bienaventurados diáconos Tercio y Pomponio, que nos asistian, obtuvieron por dinero que pudiésemos salir y pasar algunas horas en un paraje mas cómodo de la cárcel. Salimos de ella; cada cual pensaba en sí sola; yo dí de mamar á mi hijo, lo encomendé á mi madre, y consolé á mi hermano, consumiéndome el dolor de ver el que yo les causaba; en tales angustias pasé algunos dias.

«Divulgóse la voz de que íbamos á ser interrogadas. Mi padre vino la vispera á la cárcel, abatido de tristeza, y me dijo: Hija mia, ¡apiadate de mis canas! ¡Ten piedad de mí! ¡Si yo merezco que me llares tu padre; si yo mismo te he criado hasta esa edad;

(1) Admirable delicadeza de complexion, muy propia para hacer resaltar aquella virtud divina que brilla en la debilidad.

¡Y que enciende valor en débil pecho!

si te he preferido á tus hermanos, no hagas, no me hagas ser oprobio de los hombres (1)! Mira á tu madre, mira á tu hijo, que no podrá vivir sin tí; deja esa altivez que nos perderá á todos; porque si te sucede alguna desgracia, nadie de nosotros se atreverá á hablar palabra.

»Así se espresaba en su tibieza mi padre, besando mis manos, echándose á mis piés, llorando, y no llamándome ya hija suya, sino su señora. Yo le compadecia, viendo que seria el único de toda mi familia que no se alegrase de mi martirio. Díjele pues, para consolarle: En el cadalso sucederá lo que Dios quiera; pues sabe que no estamos en nuestro poder, sino en el suyo. Mi padre se retiró apesadumbrado.

»Al dia siguiente, estando comiendo, vinieron á buscarnos para ser interrogados. La noticia se divulgó inmediatamente por los barrios vecinos, y se reunió multitud de gente. Subimos al tribunal... El juez Hilarion me dijo: Ten en cuenta la debilidad de tu padre, considera la infancia de tu hijo, sacrifica á la prosperidad de los Emperadores. *No lo haré*, respondí yo.—¿Eres cristiana? me preguntó.—Y yo le contesté: *Soy cristiana* (2). Como mi padre se esforzase en sacarme del tribunal, Hilarion mandó que lo hicieran salir de allí, y le dieron un varazo: yo lo sentí como si yo misma hubiese sido golpeada. ¡Tanto sufrí al ver á mi padre maltratado en su ancianidad (3)! Entonces Hilarion pronunció nuestra sentencia, y nos condenó á todos á ser espuestos á las fieras. Volvimos alegres á la cárcel. Como mi hijo se hallaba acostado á mi pecho y á estar conmigo, supliqué inmediatamente al diácono Pomponio que se lo pidieran á mi padre; mas él no

(1) ¡Hasta qué punto debian ser los cristianos objeto de oprobio, para que este padre sintiera mas serlo él, segun parece, que perder á su hija!

(2) Se ha intentado atribuir la conducta de los mártires á exaltacion, á entusiasmo. Pero á mas de que necesitaria explicarse esta explicacion, lo que precisamente choca en todas las palabras y en la actitud de los mártires, es la falta mas completa de exaltacion, la tranquila y moderada sencillez de sus respuestas. En una mujer, esto es aun mas notable.

(3) Admirable rasgo de noble emocion, que demuestra toda la sensibilidad de la naturaleza en el triunfo de la gracia: es mas sensible por un golpe de vara dado á su padre, que lo será mas adelante al furor de las fieras y á la cuchilla del verdugo.

quiso dárselo, y Dios permitió que el niño no pidiese mas el pecho.»

La relacion de Perpétua acaba en la tercera vision que tuvo en el calabozo.

«Felicitas se hallaba embarazada de ocho meses; y viendo tan próximo el dia de la esposicion á las fieras, se afligia, temiendo se difriese su martirio, porque no era permitido ejecutar á las mujeres embarazadas, antes de que dieran á luz.

»Los compañeros de su sacrificio sentian estremadamente por su parte, dejarla sola en el camino de su comun esperanza. Se juntaron pues todos á orar y gemir por ella tres dias antes de la esposicion á las fieras. Inmediatamente despues de su plegaria, empezaron los dolores de parto, y como este parto era anticipado, fué penoso, obligándola á quejarse. Al oirla uno de los carceleros, le dijo: ¿Te quejas ahora? ¿Qué harás, pues, cuando te espongan á las fieras? Mas te hubiera valido haber sacrificado á los dioses. Felicitas respondió: *«Ahora soy yo quien sufre, mas allí habrá otro en mí que padezca por mí, porque yo padeceré por él (1).»*

(1) Chateaubriand, en sus *Estudios históricos*, de donde hemos sacado la traduccion de esta relacion, ha suprimido esta respuesta de Felicitas. ¿No la comprenderia tal vez? Es el rasgo mas bello del cuadro que ilumina con una luz sobrenatural, porque no solamente explica este martirio, sino todos los martirios, descubriendo el secreto de aquel valor, de aquella fuerza tranquila y serena de los cristianos en los suplicios; y además resalta admirablemente en boca de una mujer débil, que no pudo sufrir sin quejarse los dolores del parto. Jesucristo, en efecto, se hallaba en los mártires, miembros suyos, y padecia por ellos. O mas bien, habia padecido por todos ellos en la cruz, con un padecimiento que comprendia todos los que ellos tendrian que sufrir por El, y cuya reversabilidad producía el alivio y atractivo de su suplicio. De allí provino en Cristo, en el huerto de las Olivas y en la Cruz, una postracion y una agonía que no se notaron en los mártires mas delicados. Estos no parecia que sufrían. Además, todo cristiano puede experimentar algo de este prodigio de fuerza en la flaqueza, y de alivio en el sufrimiento, por la union de sus padecimientos á los de su Dios.

Felicitas dió á luz una niña, que crió una mujer cristiana como hija suya.

»Habiendo llegado el dia del combate, los mártires salieron de la cárcel para el anfiteatro, como si fueran al cielo. Perpétua seguía con semblante sereno y paso tranquilo, como una persona querida de Jesucristo, bajando los ojos para ocultar su anhelo á los espectadores... Felicitas estaba muy contenta de hallarse del todo repuesta de su parto para pelear con las fieras.... Perpétua y Felicitas fueron desnudadas y metidas en redes para ser espuestas á una vaca bravía. El pueblo se horrorizó viendo á la una tan delicada, y que la otra acababa de salir del parto; retiróselas pues, y fueron cubiertas con trajes tales. Perpétua fué arremetida la primera, y cayó de espaldas; incorporóse al punto, y viendo rasgado su vestido por un lado, lo replegó para cubrirse el muslo, mas celosa del pudor que atenta á sus dolores (1), anudó sus cabellos sueltos, para no demostrar luto, y viendo á Felicitas toda destrozada, le alargó la mano para ayudarla á levantarse. De esta suerte se dirigieron ambas hácia la puerta Sana-Vivaria, donde recibió á Perpétua un catecúmeno llamado Rústico. Perpétua hizo llamar á su hermano, y les dijo á entrambos: «Permaneced firmes en la fé; amaos los unos á los otros, y no os escandalicen nuestros sufrimientos...» Entretanto el pueblo pedía que fueran conducidas de nuevo al anfiteatro. Las mártires se presentaron por sí mismas, despues de haberse dado el ósculo de paz. A Felicitas le tocó un gladiador poco diestro, que la hirió entre los huesos y la hizo dar un grito, porque estas ejecuciones de los que habian quedado medio muertos en la esposicion á las fieras, era el aprendizaje de los nuevos gladiadores. Perpétua llevó por sí misma á la garganta la mano del ejecutor (2).»

Lo largo de esta narracion no nos deja lugar para esponer otras. Además, no acabariamos nunca, y puede aplicarse con grave grandeza al Cristianismo estos versos de Boileau:

Cesad, gran Dios, de conseguir victorias,
O preciso será dejar la pluma.

(1) Ad velamentum femorum adduxit pudoris potius memor quam doloris.

(2) Act. Sinc. Martyr.

Bástenos, pues, nombrar por todas las mártires que omitimos á Santa Sabina, Santa Serapia, Santa Cecilia, Santa Anastasia, Santa Lucía, Santa Catalina, Santa Agueda, Santa Inés, cuyos martirios se disputarán por siempre la admiración del mundo.

He aquí lo que ha hecho el Cristianismo de este sexo que se tenia hasta entonces por *pusilámine, impropio para el sufrimiento, fútil, perverso por naturaleza y mitad menos valiente que nosotros*, según decía la sabiduría humana (1); y esto sin desnaturalizarlo, dejándole todas sus graciosas y honestas delicadezas y multiplicándolas.

¿De dónde le ha provenido este valor mas que varonil, esta fuerza contra la que se ha estrellado todo el poder romano? Le ha venido de Aquel *que toma en sí todas nuestras languideces y todas nuestras dolencias* (2), y que nos ha comunicado toda su fuerza y su poder; de Jesus crucificado, el gran Mártir del género humano, cuyo suplicio embelesa y embelesará todos los suplicios sufridos por su amor. Después de El le ha provenido del grande ejemplo de la primera mujer que tomó parte en su suplicio, de su Santísima Madre, traspasada en su alma, según la profecía, con la *misma espada de dolor que le hirió á El, et tuam ipsius animam pertransivit gladius* (3); dolor al cual ningún otro dolor es comparable, porque ningún amor ha sido comparable á su amor, porque lo que constituye el consuelo de todos los suplicios, Jesus crucificado, constituía el martirio del suyo, y dolor sufrido como mártir, *en pié, con un valor*, dice San Ambrosio, *que no degeneraba del que tenía ante sus ojos*. He aquí el modelo que, por la misma gracia que lo produjo, ha elevado á sí todo sexo, y lo ha rehabilitado en los dolores y por un martirio que le han valido el título de *Madre de los Dolores* y de *Reina de los Mártires*.

Así es como fué la mujer rehabilitada por el martirio, como lo fué por la Virginidad, por los pasos de la Virgen-Madre.

(1) Platon, Hipócrates, Caton, etc.

(2) Is., LIII, 4.

(3) Luc., II, 35.

III. En tercer lugar, ella lo fué por la caridad. Aquí se presenta también María la primera, reasumiendo en sí sola toda la caridad que después conmovió el corazón de la mujer cristiana, influyendo en su efusión con la plenitud de la gracia de que fué colmada sobre todas las mujeres.

Voltaire atribuye gratuitamente á Ciceron una bella frase, *Charitas humani generis* (1). Sea lo que quiera sobre la cuestión de saber si el mundo antiguo ha conocido ó ignorado el nombre de un sentimiento que llena el mundo moderno, el mismo Voltaire tiene que convenir en que: «no se vé que la policía y beneficencia de los romanos hubiesen establecido casas de caridad, donde se asistiera á los pobres y enfermos á espensas del público. La antigua Roma parece que desconoció los hospitales para los pobres (2).»

Pero por mas que el público hubiese *costeado* los hospitales, jamás se hubieran levantado, y aun se destruirían al punto si no estuviesen fundados en la caridad católica de la mujer cristiana, de la *Hermana de la caridad*, que cuida al género humano á costa de todos los sacrificios y todas las repugnancias de la naturaleza. Esta verdad ha arrancado á Voltaire esta otra confesion: «Quizás no hay cosa mas grande en la tierra que el sacrificio que hace un sexo tan delicado de la hermosura y de la juventud, y muchas veces de una cuna elevada, para cuidar en los hospitales á ese conjunto de todas las miserias humanas, cuyo aspecto humilla tanto al orgullo humano y repugna tanto á nuestra delicadeza. Los pueblos separados de la comunión romana solo han imitado imperfectamente tan generosa caridad; pero también esta congregación tan útil es la menos numerosa (3).»—Perdonemos á

(1) El editor de Voltaire, el sábio Beuchot, desmiente á Voltaire en este punto. «Ciceron, dice, no se ha valido de esta espresion, pues dijo *Charitas liberorum* (*Brutus*, ep. 12).» *Charitas patriæ* (*Pro Sesto*, 53). *Charitas patriæ* (*De officiis*, 1, 17). Beuchot.—*Obras de Voltaire*, con prefacios, advertencias y notas, etc., por M. Beuchot, t. XXVIII, p. 13, y t. XLII, p. 416.

(2) VOLTAIRE, *obras*, t. XXVIII, p. 13.

(3) VOLTAIRE, *obras*, t. XVII, p. 337.